

Lleva un tiempo observar a dónde van a parar las situaciones, experiencias, conversaciones. Ese tiempo sin presente, pasado ni futuro, o que juega entremezclando esas columnas tremendas haciéndolas trenzarse, moverse, bailar al viento como un barrilete. Ese es el poder más concreto del absurdo, o más conmovedor en realidad. Algo así, como para intentar reacerarme a la experiencia, me pasó con la muestra. El presente, el pasado y el futuro, lo que esas tres cosas representan para mí, hacían una coreografía increíble coordinada y real. El tiempo adoptó la forma de un recorrido petiso (techos bajos) y ciego (en la oscuridad). Tres salas a las que llego hablando y riendome sola e ilumino apenas con una linterna (que es también una baratija que va a romperse). Cómo llego de una sala a otra es una de las cosas principales que ofrecés en ese espacio. Mi diálogo como un espejo del diálogo que imagino que tenés en tu cabeza. Mis pasos como esos pasos que se dan en la oscuridad total y que decantan en algo. Ofrecer ese diálogo con vos misma, mostrar que más que exhibir arte exhibís el poder de lo inmaterial (jugando hasta el infinito con el sinsentido de lo que buscamos todo el tiempo en la materia) es una flecha que se me clava en el centro del pecho y agradezco. Ese sistema ahí, girando como una galaxia de papel que envuelve alfajores y titas. Esperé una hora antes de entrar y después me preguntaba qué espero cuando estoy esperando. En la muestra está la respuesta en un código morse y si hago silencio empiezo a entender.

Martina